



EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO I.

MADRID 1.º DE JULIO DE 1874.

NUM. 4.



di-
a du-
con-
empo
usta-
.)
32.
sen,
sino
a.
EO.
nes?
ten-
les?
nte,
tri-
de
di-
do-
por
den
en-
a ó
na-
án
lle
7.

EL AVESTRUZ.



El estudio de la naturaleza y de los seres que en ella viven nos convida á admirar la sabiduría infinita de Dios, que la ha poblado de tan variadas bellezas, al par que su misericordia, pues todas las ha criado para el recreo ó servicio del hombre.

Mirad entre la multitud de seres el que nos representa esa lámina; admiradlo por su volúmen como el mayor de todas las aves, pues su peso no suele bajar de 64 libras y en algunos llega hasta 80.

El avestruz es una ave que ya sea por su peso, ya tambien porque no tiene propiamente alas, carece del poder de volar. Decimos que hablando con propiedad, no tiene alas, pues no merecen llamarse tales unas cuantas plumas, que salen de sus estremidades laterales, y que mas que plumas son cerdas sin trabazon, de la misma manera que las que forman su cola.

Esas dos especies de brazos estan armados de dos pinchos ó espinas semejantes á las del puerco-espín, y le sirven para su defensa.

La mayor parte del cuerpo del avestruz está cubierto de pelo á semejanza de los cuadrúpedos, si bien hasta carecen de esto en la cabeza, flancos y muslos, que son gruesos y muscolosos y en los cuales tienen su fuerza principal.

El párpado superior de sus ojos es movable, y armado de largas pesta-

ñas. Los ojos se asemejan mas á los de hombre, que á los de ave.

Sus patas largas, nervudas y carnosas terminan en solos dos dedos, y se asemejan mucho á las del camello.

Así habla el libro de Job (39, 16-21) de él: «¿Diste tú alas y plumas al avestruz? El cual desampara en la tierra sus huevos y sobre el polvo los calienta, y olvidase de que los pisará algun pié y de que los quebrará alguna bestia del campo. Endurécese para con sus hijos como si no fuesen suyos, no temiendo que su trabajo haya sido en vano; porque le privó Dios de sabiduría y no le dió inteligencia. Luego que se levanta en alto, burlase de caballo y de su ginete.»

El avestruz hace su cria hácia el solsticio de verano, y si el clima donde vive es muy cálido, como en la zona tórrida, la hembra cubre los huevos solamente por la noche, pues de dia los rayos solares se encargan de darles calor. Los huevos son en su grandor proporcionados á ella, su cáscara tiene mucha dureza y esto los hace tambien pesados.

Apénas los pollos han salido del huevo, andan, corren y se buscan por sí mismos su alimento. Mas si el pais, donde han nacido no es muy cálido, y el alimento no es abundante, la madre los calienta y les busca la comida.

El primer año de vida el avestruz tiene plumas en todo su cuerpo, mas al segundo muda de plumaje, y como se ha dicho ántes, queda desnudo en

la cabeza, la parte anterior del cuello, los costados, y los muslos. El color de su pluma el primer año es ceniciento, y en el segundo blanco y negro ó gris. Las plumas de las alas y cola son apreciadas y de mucha utilidad al hombre.

El avestruz se alimenta principalmente de sustancias vegetales. Algunas veces se traga los minerales y las piedras, lo que ha dado fundamento á la creencia vulgar de que digiere el hierro.

El avestruz vive en el África y en la parte meridional del Asia. Siendo estos países los que tienen los mas corpulentos animales en el género de los cuadrúpedos, como el camello, el rinoceronte, el elefante etc., parece natural que produzcan tambien la mayor de todas las aves, que es el avestruz.

Vive generalmente en los sitios mas solitarios y mas áridos, lo que confirma el dicho de los árabes, que el avestruz no bebe. Reúnense en grandes bandadas, y mas de una vez los viajeros los han tomado por escuadrones de caballería.

La caza del avestruz se hace alcanzándolos á la carrera con los caballos; pues aunque son mas ligeros que este cuadrúpedo, sin embargo no tienen tanta resistencia. Siguenlos pues los cazadores por espacio de uno ó dos dias sin dejarlos descansar, y cuando ya los ven fatigados del cansancio y del hambre, echan tras de ellos á galope tendido y los matan á palos, para que la sangre no manche sus hermosas plumas.

El avestruz puede muy bien ser domesticado, especialmente si se le coge desde jóven, y su docilidad llega á tal extremo, que se le monta como á un caballo. Nunca ataca, sin ser atacado, y aun en este caso apénas hace mas que defenderse con el pico, con las alas y sobre todo con los piés: su grito es como el de un niño que estuviera ronco.

Por eso dice el profeta Miqueas (1, 8): «Haré lamento como de avestruces.»

Del avestruz aprovechan los abisinios la piel; de la cual hacen cueros muy tupidos, que venden á los mercaderes de Alejandría. El uso y aprecio que se hace de sus plumas en Europa, nadie lo ignora.

LA PEQUEÑA MISIONERA DE ELBA.

(CONTINUACION.)



«Mamá, decía algunas veces á su madre, ¿entiendes tú lo que dice nuestro Cura, cuando celebra la misa?»

«¿Cómo quieres que lo entienda, hija mia, cuando no sé una palabra de latin?»

«Pues bien, si quieres ir á escuchar al Pastor, entenderás todo lo que dice, puesto que todo es en italiano (idioma que se habla en *Elba*;) y da unas esplicaciones tan buenas y tan claras!»

En fin, sus padres sintieron deseos de oír por sí mismos lo que la niña les contaba, y aunque con alguna repugnancia se atrevieron á asistir al Culto de la

noche, hora en que merced á la oscuridad podian ocultarse á la vista de sus vecinos. Pero tanto llegaron á complacerse con la lectura y esplicacion de la Biblia, que por último se resolvieron á asistir tambien al Culto de la mañana.

¡Qué día tan feliz para la buena *Pascualina*, cuando pudo asistir ya á la capilla en compañía de sus queridos papás!

Mas no fueron estas personas solas las que sintieron la benéfica influencia de tan tierna criatura: tenia muchos parientes á quienes visitaba, y cuando entraba en sus casas, tenia la costumbre de cantar alguno de los cánticos, que en el colegio aprendiera. En algunas ocasiones los visitados hacian burla de ella, en cuyo caso abandonaba su habitacion; mas cuando veia que espermentaban placer, entonaba varios himnos y repetia las frases consoladoras que habia oido en la escuela ó en el culto.

De esta manera, muchos entre sus parientes se hicieron al fin cristianos evangélicos, y con la gracia de Dios, mediante los esfuerzos de aquella niña, se convirtieron sinceramente al Señor.

Pascualina sabia tambien y cumplia las palabras de la Biblia: «Si me amais, guardad mis mandamientos.» Sin eso sus amigos hubieran hecho poco caso de palabras que no habian de ir acompañadas de una vida cristiana.

(Se concluirá.)



Oh buen Dios, gracias te damos
Porque tu mano nos cuida,
Dándonos esta comida
Y la salud que gozamos;
Mantennos en tanto bien,
Cuida del necesitado
Y alivia al desconsolado,
Por Cristo Jesus, Amen.

RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 56.

- 1.º Dios mandó á José huir á Egipto.
- 2.º Matando á todos los niños en Betlehem, de edad de dos años abajo.
- 3.º José se quedó en Egipto hasta la muerte de Heródes.
- 4.º José vivió en Nazaret.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo cuarto.

- ¿Dónde está situada Capernaum?
¿Qué predicó Jesus?
¿Quiénes eran los primeros que le seguian?
¿Qué oficio tenian?



LA JÓVEN HEROINA.

Gracia D. era hija de uno que cuidaba un faro en una costa muy frecuentada por buques. En esta costa habia agudas rocas que hacian peligrosa la navegacion; y en las tempestades las olas se estrellaban sobre ellas con terrible violencia.

El tiempo estaba borrascoso, y un vapor que pasaba fué desmantelado á consecuencia de la rotura de una caldera; y por la violencia del temporal. Se habian hecho grandes esfuerzos para mantenerlo á flote y hacerlo entrar en algun puerto á fuerza de velas, pues la maquinaria estaba descompuesta. Por la parte de proa se veia el furioso oleaje, y se oia el ruido espantoso que producía al estrellarse contra las rocas, percibiéndose su efecto á pesar de la bruma y oscuridad que reinaban. En esta peligrosa situacion vino la noche tempestuosa y sombría.

El capitán trató de conservar el buque en medio del canal entre las rocas y la tierra; pero su triste situacion y la furia de la tempestad eran demasiado para él. Al fin quedó enteramente á merced de las olas. Cerca de la media noche, combatido por un mar tremendo, fué levantado y dejado caer sobre una roca; y la ola siguiente lo hizo dos pedazos, quedando la parte de popa flotando con el capitán y su esposa, y la otra adherida y golpeándose contra las rocas.

En esta parte habia ocho ó nueve pasajeros, entre los que se encontraba la señora L., mujer de un tejedor, con sus dos hijos. Cuando vinieron á auxiliarla, la encontraron viva, pero con los hijos muertos en sus brazos. Toda la noche estuvieron combatidos por la tempestad; las olas se estrellaban sobre ellos, y la infeliz esperaba á cada momento ser arrastrada á la profundidad.

Tal era su situacion, cuando vino la mañana tan deseada. Estaban á una milla del faro, y la bruma y las olas apenas les permitian percibir la suerte de sus compañeros. Las personas que vivian en el faro, tomando su antejo de larga vista, como acostumbraban todas las mañanas, descubrieron el buque y las personas que estaban sobre él. ¿Qué se podia hacer? Un caballero de la vecindad ofreció veinte y cinco pesos á cualquier marinero que quisiera aventurarse á salir á la mar; pero no se encontró ninguno con valor para esto.

Gracia D., de solo veinte años de

edad, propuso acompañar á su padre al lugar del desastre. Su alma se habia conmovido profundamente á la vista de las criaturas que perecian, y sin cuidarse del peligro ni mirar su propia vida, se ofreció á tomar un remo, si su padre tomaba el otro. El mar estaba furiosamente alborotado, y con dificultad podrian aproximarse á las rocas sin estrellarse contra ellas.

Estos dos valerosos corazones no se detuvieron en pensar esto mucho tiempo; con el auxilio de la madre lanzaron el bote al agua, y Gracia saltó á él y tomó su remo. Es necesario decir que esta jóven no estaba acostumbrada á semejantes faenas, habiendo sido su educacion puramente en los cuidados domésticos. Poseia una alma muy cariñosa; pero ahora se levantó el corazon de la mujer, y no pensó en sí misma, sino en salvar las vidas de aquellos desgraciados.

El bote es combatido como una pluma; ya se sumerge en la profundidad, ya se levanta, pareciendo que una mano invisible lo guiaba. ¡Con qué ansiedad mira por un lado á esta madre, levantando sus crispadas manos hácia el cielo, y por el otro á los demas desgraciados levantando las suyas y abrumados por las olas! ¡Oh, qué placer sintieron, cuando vieron que quien los venia á salvar, era una jóven! La veian como un ángel enviado del cielo. Los nueve desgraciados fueron salvados y llevados á tierra á la casa del faro.

¡Qué acto de heroismo femenino! No se hizo con esperanza de recompensa, no se aguardaba la gloria; se hizo solamente por humanidad. Cuando Gracia D., cedió esa noche su lecho á la señora L., y durmió sobre el tablado, ¡qué dulce sueño debió tener!

El peligro de los que estaban naufragando, despertó el valor en el alma de esta jóven, y la hizo emprender esta accion de heroismo. Cristiano, el peligro de las almas que te rodean, y que no conocen á su Salvador, te llama en alta voz para que te esfuerces, y procures enseñarles la verdad, como está en Jesus, para que por El sean salvados.

Si admiras el heroismo, que otros demuestran en causas temporales, practicalo en lo que pertenece á lo eterno, buscando la gloria de Jesus en la salvacion de las almas.

Jesus vino al mundo á salvar á los pecadores; háblales de El, para que por El sean salvados.

LA PEQUEÑA MISIONERA DE ÉLBA.

(CONCLUSION.)



ero aun los que se burlaban de los cánticos que ella entonaba y los versos de la Biblia que fielmente recitaba, no pudieron menos de observar la conducta ejemplar, humilde, dócil y obediente de la niña. Y es cosa bien sabida que un cristiano ejemplo produce mas poderosos efectos, que el discurso

mas brillante y las predicaciones mas elocuentes; y de aquí el que un niño débil, pero humilde, pueda llevar á cabo la obra de una mision, y hacer que su luz alumbre, como dice Jesu-Cristo, y resplandezca en los otros.

Empero la vida de esta tierna misionera tan amable y ejemplar, habia de ser muy breve; sus activos y laboriosos dias tenian que ser muy cortos. Dos años contaba apénas de colegio, y nueve de edad, cuando cayó enferma, y pronto pudieron ver que se acercaba su muerte. Sin embargo, aquella santa confianza que habia depositado en su Salvador, aquella celeste paz de que sentia inundada su alma, paz que tenia la perdurable base de la fe en la muerte expiatoria de Jesus, no le abandonaron sobre su lecho de muerte.

La última noche de su vida, la pobrecita padecia angustias terribles; al amanecer se sosegó algun tanto, y recobrando fuerzas, repetia con animado y claro acento el Salmo 121: «Alzaré mis ojos á los montes, de donde vendrá mi socorro....» Despues volviéndose hácia su tia, que estaba velando y prodigándola sus cuidados y asistencias, mientras su madre rendida de cansancio y de tristeza descansaba en aposento distinto: Escucha, tia mia, dijo la niña moribunda: conozco bien que dentro de pocas horas moriré. Voy al cielo con mi Señor Jesus y me siento muy feliz al emprender este viaje. Mas ¡ay! tia mia: á mi muerte creo que se armará mucha algazara y tumulto, y

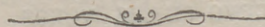
esto habrá de hacer mucho mal á mi pobrecita mamá, que se encuentra tan delicada como sabes, y fatigada. ¿Me harás el último favor, querida tia, llevándome á tu cuarto, que está mas distante que este del de mi pobre mamá, y desde donde no podrá oír el ruido que á mi muerte se ocasione?

La tia tomó en sus brazos á la paciente criatura y la trasladó á su cuarto, donde á las dos ó tres horas acabó su vida tan cristiana y tan piadosa. Sus pobres padres, agobiados de dolor, estaban fuera de sí. ¿Qué haremos sin nuestra querida hija, sin nuestra *Pascualina*? exclamó la madre con entrecortado acento y hechos un rio de lágrimas sus ojos. «La luz de la casa nos ha dejado. Ella nos leía, nos esplicaba la palabra de Dios, y ahora, pobres de nosotros, que no sabemos leer, ¿quién nos consolará con esa lectura divina?»

El Pastor á quien dirigia estas palabras, la daba algun consuelo. Tal vez, contestó, la otra hija mas tierna se encontrará pronto á la altura suficiente para ocupar el puesto de su hermanita, leyendo la Biblia á la familia.

Nada he sabido de ella desde entonces; pero confio que esa niña habrá seguido el hermoso y digno ejemplo de su hermana *Pascualina*.

Ahora bien, ¿hacemos todos nosotros, tantos y tan continuos esfuerzos para emplear bien los talentos que Dios nos ha concedido, como esa pobre y tierna niña *italiana*?



AYUDAOS LOS UNOS A LOS OTROS.



Un viajero que atravesaba los Alpes, fué sorprendido por una borrasca de nieve.

El cielo se oscurecía, el frío era intenso, y un viento glacial penetraba sus huesos. Por algún tiempo luchó con la borrasca, pero sus miembros se ponían rígidos y un pesado letargo se apoderaba de todo su ser. Sus piernas se negaban á moverse, y no pudiendo resistir á ese sueño fatal, del que no despertaría en este mundo, se iba á acostar en la nieve. Pero en este momento descubre á un viajero que se arrastra sobre la nieve, y que al parecer, necesita mas ayuda que él. Este viajero desconocido apenas puede respirar, sus miembros están rígidos y helados, y está muy próximo á sucumbir.

El viajero próximo á dormirse, viendo esto hace un esfuerzo desesperado, se levanta y se arrastra hasta cerca de su compañero de desgracia. Toma sus manos en las suyas y trata de reanimarlas, calienta sus facciones, frota sus piés y su cuerpo, y al mismo tiempo le hace oír palabras de valor y de esperanza. Sus esfuerzos son recompensados, pues al fin el pobre moribundo recobra sus fuerzas por grados, y se encuentra capaz de seguir su camino, habiendo conseguido el viajero caritativo fortalecerse por sus propios esfuerzos, y al salvar á su compañero salvar su vida; pues la sangre le circula de nuevo en las venas, ha reco-

brado las fuerzas y vencido el peligro.

Los viajeros siguen su camino dichosos y reconocidos de haberse librado de un riesgo semejante; y habiéndose calmado la borrasca, pudieron pasar la montaña sin peligro.

Cristiano, trabaja para beneficio de las almas de los otros, y al hacerlo, tu propia alma será vigorizada; pues así como el ejercicio es necesario para la salud del cuerpo, así tambien los esfuerzos cristianos son necesarios para la salud de tu alma. El ejercicio da vigor al cuerpo, y los trabajos cristianos fortalecen el alma del cristiano. Esforzándote para reanimar las almas de los otros, la tuya será reanimada.

RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 40.

- 1.º Juan el Bautista.
- 2.º Juan era hijo de Zacarías y Elisabet.
- 3.º Muchos pidieron el ser bautizados.
- 4.º Juan demandó frutos verdaderos de arrepentimiento.
- 5.º Los Fariseos creían en una vida eterna; los Saduceos la negaban.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo cuarto.

- ¿Qué hizo Jesus ademas de predicar?
 ¿Cuál era el resultado de sus curaciones?
 ¿Cuántas provincias tiene Palestina?
 ¿Qué rio grande constituye su frontera al oriente?

—————

NO HAY MEJOR AMIGO QUE UN BUEN LIBRO.



Un libro bueno es un amigo constante que no nos abandona ni un momento; de día lo tenemos sobre nuestra mesa, de noche á nuestra cabecera; en el viaje nos entretiene, en la soledad nos acompaña, y en la enfermedad nos hace ligeras las horas del dolor.

Sí, dice muy bien el adagio: no hay mejor amigo que un buen libro. Por

Mis queridos niños; un adagio nos enseña que no hay mejor amigo que un buen libro, y es una gran verdad.

Un libro bueno es un amigo sincero, que sin rebozo, sin miramientos, nos reprende cuando obramos mal, y nos premia con sus desinteresados aplausos cuando hacemos una buena acción. Es un amigo cariñoso, que en las situaciones tristes de la vida nos da consuelo, y en las prósperas nos enseña á usar con moderación de la alegría.

él muchos han evitado el camino del crimen, aunque no tuviesen una voz amiga que los aconsejase. Por él muchas almas olvidadas de Dios y de su fin, han conocido á Dios, y el gran destino para que fueron criadas.

Grande es el premio que Dios reservará para aquellos que emplean sus talentos en dotar á la sociedad de li-

bros buenos; grande la utilidad que reportaremos dedicándonos á su lectura.

Y si del orden moral pasamos al intelectual, los libros han desarrollado muchas inteligencias, que hubiesen permanecido como diamantes en bruto, sin luces, sin conocimientos, sin cultivo y sin brillo.

Las artes deben á los libros muchos de sus progresos, las ciencias les deben su propagacion, y la industria su influencia en el bien de la humanidad.

Ved ese grabado que nos representa á esos dos niños estudiando con grande afan.

¡Qué cuadro tan bonito! Sin duda comprenden que no hay cosa que nos sea mas útil que el saber, y este se adquiere en los libros; por eso á los ojos de todo niño aplicado, lo mas hermoso y lo mas querido son sus libros.

Amadlos mucho, pero amad los que sean buenos y aborreced los malos; alejad de vosotros esos libros perniciosos que con artificiosa galanura os llevan á una senda de perdicion. Leed lo que os instruya y os moralice, y desechad lo que de nada sirve á vuestra inteligencia, y seduce y corrompe vuestro corazon.

¡Ah! no sabeis cuán provechoso es consagrar largas horas al estudio.

Estudiad mucho y tened presente que ese es el patrimonio mas valioso que podeis obtener. Vuestros padres os podrán legar un dia rica herencia, pero bien sabeis cuán veleidosa es la

fortuna, y que se puede perder en un instante vuestro capital todo, mas la educacion nunca la pierde el que ha logrado adquirirla.

Ella dura tanto como nuestras vidas, y solo se concluye con nuestra existencia.

Concurrid con asiduidad dia por dia á esos centros de educacion, donde vais á recoger un sustento tan necesario para el hombre como el pan de cada dia. Si dejais de comer os morireis; y si dejais de estudiar sereis mañana hombres inútiles para la patria, para vuestros semejantes y para vosotros mismos.

A vuestros maestros amadlos y respetadlos, pues son los padres de vuestra alma. Ellos se desvelan porque adelanteis en vuestros estudios; secundad sus benéficos anhelos desvelándoos vosotros en estudiar y aprender mas cada dia.

Amad mucho los libros, porque esto nos revela al buen estudiante.

¡Ah! ¡qué alegría y qué satisfaccion para el niño aplicado, cuando ve que sus maestros están satisfechos de su conducta, y sus padres le prodigan sus cariños en premio de su aplicacion! ¡Qué orgullo tan santo inunda su alma, cuando ve el dia de sus exámenes los aplausos espontáneos de los que presencian su triunfo!

Y sobre todo, qué porvenir tan venturoso espera en la carrera de la vida al niño que la empieza bajo tan hermosos auspicios!

El
tudío,
siglo
de sus
mado



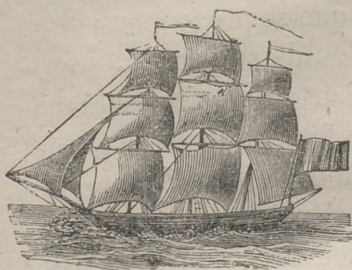
mina
no, c
herid
habia
las o
ba u
una v
así s
era s

La
litar
emb
enca
yas
plac
ralez
com
pasá
orill
en l
colo

El niño que hoy no se dedica al estudio, es indigno de pertenecer á un siglo cuya gloria mayor es la actividad de sus prensas, y que por eso es llamado con razon el siglo de las luces!

EL BARCO NEGRO.

ALEGORÍA.



En una isla erizada de altas y hermosas montañas, cuyas cimas dominaban la llanura inmensa del Océano, que resplandecía como un espejo herido por los dorados rayos del sol, habia una humilde casa levantada en las orillas del mar y en la que habitaba una familia pobre compuesta de una viuda con dos hijos; *Eugenio* que así se llamaba el uno y *Engracia*, que era su hermana menor.

La vida de esta familia en la isla solitaria, era tranquila y retirada; sin embargo, no dejaba de tener algunos encantos para los dos tiernos niños cuyas horas se deslizaban allí gozosas y placenteras. Dotados ambos por naturaleza de un génio activo y de una complexion robusta, se complacian en pasar diariamente algunos ratitos á la orilla del mar buscando y recogiendo en la arenosa playa las conchas de mil colores, las algas marítimas, ó las lu-

cientos piedras que sobre la húmeda arena brillaban como pequeñas estrellas. Hé aquí el inocente pasatiempo de aquellos dos niños, que veian en esos objetos sus juguetes favoritos. Algunas veces en sus infantiles paseos se dirigian hácia las frondosas selvas que adornaban las faldas de las montañas, contemplando desde allí el hermoso panorama que presentaba el sol ocultándose en el mar.

Pero el especial entretenimiento de estos niños, era admirar la majestuosa grandeza del Océano. No se cansaban de contemplar las azuladas olas que besaban la playa, dejando al retroceder su blanco surco de espuma; ó de escuchar el ronco susurro producido por las ráfagas del viento, cuando subia ó bajaba la marea.

«Madrecita mia,» dijo un dia el pequeño *Eugenio*: «¡qué hermoso es contemplar desde aquí el cuadro encantador del mar! Cuando trepo á las montañas, admiro siempre esa dilatada llanura, esa estension sin límites. ¡Qué placer halagüeño es ver el mar cerca de nosotros, circuyendo este hermoso pais por todas partes, cual si quisiera estrecharnos entre sus gigantes brazos!»

La madre dejando escapar un suspiro: ¡Ay! hijo mio, contestó llena de amarguísima tristeza, nunca jamas podremos alejarnos del mar. ¡Ojala que así no fuese!

Una respuesta tan triste, sorprendió mucho al tierno *Eugenio* y queria pe-

dir esplicaciones; pero contuvo su curiosidad al ver que su pobre madre no queria hablar mas sobre el asunto.

Mas no bien hubieron trascurrido algunos dias, cuando un incidente inesperado vino á aumentar su sorpresa. Los dos hermanos fueron como de costumbre á visitar una pequeña cueva, descubierta por ellos dias ántes entre unas peñas á las orillas del mar, que llamaban su casa, y á donde llevaban las piedras bonitas y las conchas que encontraban á la orilla del mar, para adornar el interior de esa habitacion marítima.

(Se continuará.)

JESUCRISTO EL BUEN PASTOR.



«¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va á la que se perdió, hasta que la halla? Y hallada la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á casa, junta á los amigos y á los vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. Os digo, que asi habrá mas gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.»

(Lúcas 15, 4-7.)

Hoy ha bajado el pastor
De la montaña escondida;
Busca la oveja perdida,
Que es el hombre pecador.

En los pastos celestiales
Deja las noventa y nueve,
Y á buscar una se mueve
Por los campos terrenales.

Con vestiduras mortales
De fatiga y de dolor,
Busca la oveja perdida,
Que es el hombre pecador.

En habiéndola hallado,
En los hombros se la pone,
Y hace que se pregone
El perdon de su pecado.

Y así de su propio grado,
Aunque forzado de amor,
Busca la oveja perdida,
Que es el pobre pecador.

(FRANCISCO DE VELASCO.)

RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 44.

- 1.º Jesus iba al desierto.
- 2.º Jesus ayunó cuarenta dias.
- 3.º El tentador se le acercó.
- 4.º Tres veces fué tentado Jesus.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo quinto.

- ¿Quiénes fueron los apóstoles?
¿Cómo se suele llamar el gran discurso de Jesus?
¿ Quiénes son los pobres de espíritu?
¿Cómo puedes tú ser pobre de espíritu?



ojos
regre
habr
por
aten
jor e
pon
escu
zas
algu
vict
C
con
con
ño:
con
la
su
otr

EL PERDON DE LAS OFENSAS.



Julia volvía de la escuela dominical con aire triste, las mejillas encarnadas, y los ojos arrasados en lágrimas. ¡Ella que regresaba siempre tan alegre! ¡Qué habrá sucedido? ¡Habrá sido castigada por alguna falta de disciplina ó de atención? ¡Oh! no; Julia es la niña mejor educada de la escuela, la que responde siempre mas acorde y la que escucha con mas atención las enseñanzas de la maestra. Le habrán imputado alguna falta; mas Julia habrá sido la víctima y no la autora.

Otra niña llamada Sofia, que era con frecuencia reprendida por su mala conducta, le habia jurado hacerla daño: en el momento que la pobre niña, concluida su lección, estaba subida en la extremidad de un banco para coger su sombrero, Sofia, que estaba en la otra punta del banco, lo levantó brus-

camente para hacerla caer. En efecto, el banco se inclinó y Julia cayó al suelo sufriendo un gran golpe. No recibió herida; pero se torció un pié, cojeaba y sufría mucho.

Su mamá al verla en este estado, se alarma, toma á su niña en brazos, la estrecha entre ellos y hace todo lo que puede para consolarla á fuerza de besos y de caricias. Elena, su hermana mayor, que la amaba mucho, no fué menos cariñosa con ella; la desnudó y la acostó para que no se fatigase y estuviese mas contenta; ademas la hizo compañía sentada sobre el borde de su cama, y la prometió contarla historias para distraerla.

A pesar de todas estas pruebas de afecto, Julia parecia siempre triste; exhalaba profundos suspiros, y de sus párpados se desprendian gruesas lágrimas.

—¿Qué tienes, querida mia? la decia Elena. ¿Sufres todavía por tu caída? —¡Oh! no, no es eso. Yo no siento ya nada.—Entónces, qué es lo que te entristece? ¿Por qué lloras todavía?— La niña permaneció en silencio algunos instantes, y luego respondió:—Es que yo pienso en Sofia. Porque la despedirán de la escuela dominical. La maestra habia dicho que estaba muy descontenta de ella, y que á la primera falta iria á decir al pastor que la borrarase de la lista. Seguramente, la despedirán.—Y harán bien; tiene justos motivos para que la despidan.— Pero si la despiden, no oiré mas ha-

blar de Dios; ella se verá privada de todas esas cosas buenas que nos dicen, y será peor todavía. A estas palabras, Elena tomó la mano de la niña y la llevó á sus lábios.—Ah! eso que tú has dicho está muy bien, Julia! Entonces ¿tú la perdonas de todo corazón el mal que te ha hecho?—Sí; papá y mamá me perdonan cuando yo hago algo malo, y Dios ¿no nos perdona todas nuestras ofensas? ¡Oh! ¡si tú quisieras, Elena, si tú quisieras hacer una cosa por mí!—¿Qué, querida mía?—Ir á ver á la maestra y suplicarla que perdone á Sofia. Tú le dirás que ella no lo ha hecho con intención y que yo ya estoy curada. ¿Quieres?—Sin duda, Julia, si esto es lo que deseas.—¿Y cuando irás?—Mañana, ó ahora; cuando tú quieras.—¡Oh! en seguida, Elena, te lo ruego, en seguida.

Al ver que su hermana consentía y se levantaba disponiéndose á marchar, Julia la tendió los brazos y se creía dichosa con abrazarla.—¡Oh! ¡ya estoy contenta; te aseguro que estoy muy contenta!

EL BARCO NEGRO.

(CONTINUACION.)

Sucedió pues un dia, que ocupados en esta infantil maniobra, se olvidaron totalmente de que subia la marea; y cuando quisieron recordar, se hallaron con que en su ascenso esta llegó hasta rodear la cueva é interceptar su salida. Sin embargo, los dos hermanos

no tenían motivos para temer, puesto que al sitio donde se hallaba la cueva no podían alcanzar las inquietas aguas del mar; con todo, les era preciso esperar algunas horas, hasta que la marea bajase para salir. Este incidente, léjos de asustarlos, les sirvió de diversion; así que, cuando pudieron salir de su cueva, se encaminaron á su casa donde entraron saltando de alegría; pero ¡cuál no fué su espanto, al ver el estado triste de su pobre madre! Pálida, angustiada, parecia estar fuera de sí; mas al ver á sus queridos hijos, lanzando un grito corrió á su encuentro, los besó, los estrechó convulsiva entre sus brazos, y cayó en tierra desmayada.

Los pequeñuelos hacian cuanto estaba de su parte por prestar algun socorro á su pobre madre, que si bien al cabo de pocos instantes volvió en sí, tardó sin embargo algunas horas en recuperar su perdida calma; pero al fin se aquietó algun tanto, y dirigiéndose á los niños, les dijo con voz acongojada y temblorosa: «¡Ay hijos míos! ¡tanto tiempo fuera de casa, sabiendo que os hallabais nada menos que á las orillas del Océano!»

Ni una palabra mas se cruzó sobre el asunto aquella noche en atencion al triste y angustioso estado de la madre; á la mañana siguiente sin embargo tan luego se vieron solos nuestros pequeñuelos, *Eugenio* dijo á su hermanita *Engracia*: «¿por qué causará tanto espanto la mar á nuestra buena mamá?»

«No lo adivino, hermano mio, con-

testó
je si ll

«En

Eugenio

El m

traban

su m

tarse

lumb

tenia

ella, c

«M

te asu

conm

¡á qu

triste

cierto

«M

no te

para

pued

«V

madr

silenc

ca oí

que e

pues

ni la

la is

pant

ga p

do e

res l

nues

ñasc

repe

par

ta d

testó *Engracia*, y temo mucho se enoje si llego á preguntárselo.»

«Entonces yo lo haré,» replicó *Eugenio*, hablando con mucha cautela.

El muchacho discurría cómo podría trabar conversacion sobre el caso con su madre; pero al anochecer, al sentarse como de costumbre juntos á la lumbre, olvidó todos los planes que tenia combinados, y fijando los ojos en ella, dijo de pronto:

«Madrecita mia, dínos ahora por qué te asusta tanto el mar.» La madre se conmovió y contestó llorando: «hijo, ¡á qué fin te empeñas en saber tan triste historia? tiempo os quedará por cierto para saberla.»

«Mamá, dínosla, exclamó *Engracia*: no temas, tendremos valor bastante para escuchar de tus labios cuanto nos puedas decir.»

«Verdad es, hijos míos, replicó la madre despues de algunos instantes de silencio, mejor es al fin que de mi boca oigais ese terrible secreto, que no que otro alguno os lo cuente. Escuchad pues; lo que me asusta, no es el mar, ni las rugientes olas que llegan hasta la isla, no; no es esto lo que me espanta; es aquel *barco negro* que navega por sus aguas. De cuando en cuando ese barco dirige sus remos voladores hácia aquí y arriba á las orillas de nuestra isla, echa anclas bajo los peñascos que sobresalen en la playa y de repente una figura enmascarada, que parece tener la talla de un gigante, salta del buque, y moviéndose silenciosa

por nuestros campos ó introduciéndose sin ruido en nuestras casas, se acerca á uno de los habitantes de nuestra isla, y asiéndole con su fuerte brazo le obliga á marchar con él hasta el buque, que se hace en seguida á la vela y desaparece rápido y fugaz como un relámpago. Los cautivos que una vez ha hecho en esta isla, no se sabe que hayan vuelto nunca; nadie ha tenido aquí la mas ligera noticia de los parientes ó amigos que ha perdido; nada absolutamente sabemos de la suerte de esos seres queridos, arrebatados así de entre nosotros.

La madre, vencida sin duda por sus tristes recuerdos, guardó por un instante silencio; *Engracia* bajó la cabeza hasta esconder su rostro; su hermano *Eugenio* fué el primero en tomar la palabra:

«¿Has visto tú tal vez ese barco, mamá? la preguntó.»

(Se continuará.)



La esposa del rey Federico Segundo estaba paseándose un dia en los jardines de su palacio, cuando oyó la dulce voz de una muchacha que salia del bosque vecino cantando varios himnos, uno de los cuales era este:

«Jesus, tu sangre y justicia

Son mi belleza y vestido.»

La reina se le acercó, y supo que venia de Schaffhausen con objeto de hacer una visita á un tío suyo, que era jardinero del palacio de Potsdam.

Algunas semanas despues, la reina, no pudiendo olvidar á la niña, mandó que fueran por ella y se la trajesen. La corte se hallaba reunida cuando su padre la introdujo, y la reina dispuso que la pusieran en una mesa, desde donde pudiera ver todo el lujo de la corte y sus hermosas vajillas. Cuando preguntaban á la niña lo que pensaba de tanto lujo, bajaba la vista, y contemplaba en silencio los riquísimos trajes de la corte. Despues, cruzando sus bracitos, se puso á cantar:

«Jesus, tu sangre y justicia
Son mi belleza y vestido.»—
«Por boca de niños perfeccionaste
la alabanza.» (Salmo 8, 2.)



«Tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; fuí desnudo y me cubristeis; estuve enfermo y me visitásteis. De cierto os digo, que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis.» (Mat. 25, 35. 36. 40.)

RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 48.

- 1.º Por la palabra de Dios.
- 2.º Véte, Satanás, que escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y á él solo servirás.
- 3.º Los ángeles llegaron y le servían.
- 4.º Jesus moró luego en Capernaum.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo quinto.

¿Por qué son bienaventurados los afligidos por pecado?

¿Qué dijo Jesus de los mansos?

¿Qué es tener hambre y sed de justicia?

¿A quiénes debemos la misericordia?

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia de España ó universal, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Extranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID: 1874.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.